

Piero Camporesi

EL PAÍS DEL HAMBRE

Introducción

Del gigante al mendigo. El coloso y el hombre-nada (fragmento)

Abuelos que se dan una vida tranquila
abuelos que todo lo saben
abuelos que tienen en las manos la potencia
usen los ojos para mirar estas comarcas
donde se baila el baile del hambre.
Nuestro pueblo se llama pobreza.

Canto popular de la provincia
de Lecce (Cursi).

El *Infierno* dantesco puede ser examinado también, de acuerdo con cierta óptica, como un altísimo punto de encuentro/enfrentamiento entre dos sistemas distintos, entre la cultura legendaria folclórica referida al mundo subterráneo, en la cual predomina el peso de la tradición fantástica céltica (el pozo, el puente, el gigante devorador...), y la cultura elitista e intelectualista elaborada por el pensamiento grecolatino (Aristóteles, Virgilio, Santo Tomás), de carácter geométrico y taxonómico. El *Infierno* surgido de la compleja elaboración dantesca aparece como un nuevo “paradigma” cultural, un mensaje distinto compuesto en laboratorios reservados, que más tarde circuló como un producto nuevo, a nivel de consumo masivo, de difusa audiencia (también popular), para terminar por socavar la antigua imagen “agraria” y no ciudadana del infierno-cocina, del diablo-cocinero, del condenado utilizado como pedazo de carne en un indescifrable proceso alimentario ligado a la materia culinaria, a la dialéctica fisiológica y al metabolismo visceral del ciclo nutrición/defecación/destrucción/generación, a la imagen del fuego-cocción (y por lo tanto alimento), a la relación

estómago-sol (horno del cuerpo-horno del universo), eje del equilibrio nutritivo y vital.

El proceso de disgregación progresiva y de paralela pérdida de significación del infierno-cocina se verificará también en cuanto a la figura del gigante-devorador-fecundador (el sol) de las leyendas célticas (Pantagruel, Brabo)^{*} que a su vez se achicará en la figura de Lucifer, instrumento de pura y brutal demolición y castigo, grotesco *robot* justiciero que de su remoto origen mantiene sólo su carácter tricéfalo, limitado ahora a una función punitiva plurimandibular, a una máquina trituradora, sin conservar ya ninguna huella de la paralela función generatriz que en la iconografía popular se expresaba en el doble orificio (oral y genital, una especie de *pudendum muliebre*) de uno de los cuales (el inferior) salían, digeridas y recreadas en perpetuo circuito, las almas, o, mejor dicho, los cuerpos comidos por la boca superior.

Pero en el cuerpo gigantesco y velludo de Lucifer permanece sobreentendida la arcaica imagen del oso padre de cuyos pechos nacían las nuevas almas, el gigantesco monstruo de las fiestas agrarias, el oso carnavalesco, bestia peluda y pedorrera. En los cortejos tumultuosos de carnaval, además de falos gigantes (¿los colosales cirios de las procesiones católicas?) lo acompañaban gigantes panes redondos, símbolos tanto del sol como del tiempo que retorna, emblemas del dios que, a la manera del enigmático y antiguo Jano, abría y cerraba, poniendo fin a un ciclo mientras iniciaba otro.

La voracidad creadora y vitalista del gigante y la mortuoria desmesura del voraz “glotón” llamado al exceso por un misterioso instinto de muerte, obtuso sacerdote del Templo de la Gula y del Dios Vientre, que de gigantesco en la carne gelatinosa y deshecha tiene solamente la enorme panza arrastrada por el suelo, vorágine monstruosa y sepulcro del espíritu, se ubican en los polos extremos de la dialéctica vida-muerte.

Si no es detenida a tiempo, la dieta carnavalesca se convierte en la “muerte en la mesa” fijada insistentemente por el barroco más fúnebre, la luctuosa y lívida *grande bouffe* de un carnaval enloquecido y prolongado más allá de toda norma. El placer del exceso, de la transgresión alimentaria extendida más allá de todo límite (la monstruosa “ciencia del vientre”), el ultraje implacable desatado ya sea contra el perfecto equilibrio de la semana dietética cristiana o contra las insuperables leyes de la fisiología y del ritmo biológico escondido por la alternancia de lo vacío y lo lleno, la ideología de la *outrance* culinaria perseguida con macabra y metódica obstinación, pueden volverse razonada filosofía de la vida (y de la muerte) como en el personaje

* Brabo: personaje legendario de origen belga, que salvó a su ciudad de la tiranía de un gigante. [N. del T.]

emblemático de Margutte,** gigante/enano empujado a la destrucción por un secreto soplo de Thánatos, cuyo *exitus* [resultado, salida] (el “estallido” por exceso de risa, aquella risa ligada tradicionalmente en las culturas agrarias al nacimiento, a la fecundidad, a la fertilidad) puede ser interpretado simbólicamente a la luz de una interiorizada filosofía carnavalesca (la cultura de las sociedades agrarias) por la cual la muerte (el viejo) es el preludio necesario a lo nuevo (el joven), momento ineliminable de un segurísimo *reditus* [regreso].

Aunque el hambre, tanto en el perfil “positivo” del desmesurado y vitalista apetito de los gigantes y de los monstruos ciclópeos, como dentro del signo opuesto, “negativo” y maléfico, de la absurda abundancia y del festín perenne de los privilegiados, o bien de la carencia, del vacío, de la esterilidad, constituye el hilo conductor de estas investigaciones que, por cierto, no podían ignorar a los infinitos protagonistas sin rostro y sin historia, objetos e instrumentos pasivos del subdesarrollo, de la desocupación, de la injusticia social planificada y erigida en sistema, de la inicua distribución de recursos cada vez más limitados en relación con el incremento demográfico, de los mecanismos sociales que generan la indigencia y la marginación, el envejecimiento precoz, la mendicidad infantil, el “alejamiento” de niños y de adolescentes (como en ciertas amargas fábulas) y la desigualdad ante la muerte. Temas pertinentes para esa “sociología del hambre y de la muerte” indicada por Jean Pierre Gutton¹ y también por la literatura del hambre en todas sus complejas e intrincadas implicaciones.

La crisis económica, que se fue acentuando en la Italia del Seiscientos, lanza a los caminos a peones de los campos, a obreros y artesanos de la ciudad sin trabajo; los obliga a medirse con la más fina competencia y con la dura concurrencia de especialistas del trabajo nómada, tales como los buhoneros, los caldereros, los silleros, los afiladores, los viñateros, los barrenderos, los sastres ambulantes y las cerradas corporaciones errantes de los albañiles y pastores (que hablaban una jerga distinta de la que usaban los otros oficios nómades); pero muy diferenciados (aunque el tránsito de un oficio al otro no era infrecuente) de profesionales del ilusionismo teatral y farmacéutico tales como los charlatanes de feria, herboristas, volatineros, tragadores de fuego, contorsionistas, prestidigitadores, cantahistorias, fabuladores, cantantes, adivinas, gitanas, juglaresas, bufones, histriones, adiestradores de perros, monos, pájaros, músicos e instrumentistas ciegos... aquellos que en el siglo XIII eran clasificados y tachados de:

** Margutte: personaje del canto XVIII del *Morgante*, que muere de risa. [N. del T.]

¹ *La société et les pauvres en Europe (XVIe-XVIIIe siècles)*, París, Presses Universitaires de France, 1974.

persone viles ignobiles et abiecte, que titulo carent nominis et honoris, quos natura taliter abiecit seu debilitavit, fortuna taliter vilificavit seu humiliavit, exigentia criminis admissi in corpore taliter deformavit, evidentia turpis et infamis vite taliter maculavit diffamavitque, quod ydonei non sunt ut inter probos et bonos eorum mentio habeatur: ut sunt claudi, ceci, hystriones, ambubaiarum collegia, pharmacopole, mendici, mimi, balatrones [...] pauperes, debiles, [...] manci, loripedes vel alias corpore deformati, kalones, jocularores, saltatores, fidicines, tibicines, lyricines, tubicines, cornicines [...] gesticulatores, nebulones, parasiti, umbre, mensivagi, scurre, ribaldi, buflardi [...] lotrices, publice mulieres [...] et alia vilium hominum genera.²

[personas viles, innobles y abyectas, cuyo epitafio no tiene nombre ni honores; a quienes natura hizo tan abyectas o débiles, fortuna tanto envileció y humilló, la exigencia del crimen que admitieran en sus cuerpos los deformó tanto, la evidencia de sus vidas vergonzosas e infames los manchó y difamó en modo tal que, indignos de ser mencionados entre los probos y buenos, idóneas no son: que son cojos, ciegos, histriones, conjuntos de flautistas, apoticarios, mendigos, mimos, charlatanes [...] pobres, débiles [...] mancos, de pies endebles o bien de cuerpo deforme, negociantes, bufones, volatineros, tañedores de arpa, flautas, laúd, trompa, como gesticuladores, bribones, parásitos, sombristas, juglares de banquetes, vivillos, truhanes, chancrosos, lavanderas, mujeres públicas [...] y demás clases de hombres viles]

El contacto con los profesionales del vagabundeo, con las prostitutas y las ex cantineras, con los soldados refugiados fuera del frente, desmovilizados o desertores, con los veteranos de guerra, con los galeotes fugitivos, los hacía caer en una especie de infierno, en formas de existencia inimaginables, en el centro de una vida alejada de la serialidad de la vida cotidiana y de la norma común, expresada también en el motivado rechazo del lenguaje habitual de la comunicación social, reemplazado por una nueva lengua de clase (diversificada según los grupos y los oficios) huidiza, parasitaria y ficticia como la lengua de los “pícaros”, de los maestros mendigos, de los caminantes y los pordioseros, aprendida en la calle y en los viajes durante los continuos desplazamientos: “Comenzamos nuestro viaje y caminando así en pocos días me enseñó [el ciego del *Lazarillo*] a hablar en jerga, es decir de modo picaresco, y de la jerga me volví Doctor, porque además de todo lo que aprendí de mi excelente patrón, inventé muchas otras bellísimas palabras”.³

“Estos miserables rompieron con el trabajo, pero el trabajo, la ocupación, rompió antes con ellos”, escribió con amarga agudeza

² Cuonradus, *Summa de arte prossandi*, cit. por E. Faral, en *Les jongleurs en France au Moyen Age*, París, Champion, 1910, p. 323.

³ *Il picariglio castigliano, cioè vita del cattivello Lazariglio di Tormes, nell' Accademia picaresca lo Ingegnoso Sfortunato. Prima parte... trasportata dalla spagnuola nell'italiana favella* por Barezzo Barezzi, Venecia, Barezzi, 1635, pp. 12-13. Para una valoración de conjunto de la problemática inherente a las jergas, véase ahora G. Sanga, “Il gergo dei pastori bergamaschi”, en *Bergamo e il suo territorio*, al cuidado de R. Leydi, Milán, Silvana, Editoriale d' Arte (“Mondo popolare in Lombardia”, vol. 1).

Fernand Braudel. No era raro que el vagabundo se volviera bandido (o viceversa) y que el desesperado, tras haber tocado fondo en su descenso social, se adaptara a la mendicidad, denigrándose en la vida errante del pordiosero, del hombre que no vale nada, del roto (*béltre*), del bribón pedigüeño (*Bettler*). En realidad, la mendicidad constituía el verdadero gran recurso de todos estos pobres diablos que se habían quedado sin un trabajo remunerado.

Pero también el mendigo, como los buhoneros y los vendedores ambulantes, *merciers*, *camelots*, *colporteurs*, llevaba por las calles su mercancía:

Las mercaderías con que los pobres negocian por las entradas a la ciudad, por las puertas, por los patios, por las tiendas, son sus cavernosas llagas, su hinchazón, sus úlceras y sus muñones; con estas mercaderías, los pobrecitos van procurándose el alimento.⁴

La “trágica transformación”, la “dolorosa metamorfosis”⁵ de un hombre en un subhombre (algo todavía más bajo que el anglosajón *underdog*) hacía olvidar que “bajo aquellas carnes consumidas, bajo aquella piel picada de viruelas, bajo aquel cuerpo lacerado”⁶ se ocultaba un ser humano:

Se ve a muchos hombres errabundos, mal entrazados, sin saber dónde refugiarse dando vueltas [...] con sus harapos recogidos, bastón en mano, exhibiendo sus miserias.

Ellos tienen una bolsita al costado, húmeda, gastada, agujereada, con algún pedazo de pan, y en ella consisten su casa, su guardarropas, su catre, su mesa y todas sus tenencias; golpean, piden limosna... y muchas veces son rechazados y con mala cara expulsados de nuestras puertas. Y como si del humano comercio fueran desterrados, estos pobres enfermos y mal vestidos, olvidados, se reúnen y convergen haciendo de sí mismos un pueblo miserable y un espectáculo deplorable. Y si abrimos los oídos, escucharemos de ellos un triste coro, y oiremos sus quejas voces, los gemidos, los gritos, los suspiros, y cómo surge de todas las voces juntas concierto lamentable y feroz. Ellos, si los visitamos, nos muestran una gangrena, una úlcera, una fístula, una contumaz lepra o sarna, o la maldición del execrable fuego, o una deformación, una terrible hinchazón; y de ellos algunos se duelen de la epilepsia o de una cruel locura, y está el que jadea por dificultades al respirar, o el que se desespera por el flujo, y el que se lamenta de la hidropesía el que sacudido por la fiebre experimenta sus rigores y su ardor.⁷

La turbación, el asco, el horror que los más afortunados y los sanos o privilegiados sentían al verlos (sentimientos mucho más intensos de acuerdo con su mala conciencia social), resultan de una magnitud de

⁴ *Il picariglio castigliano*, ob. cit., pp. 74-75.

⁵ *Ibid.*, p. 72.

⁶ *Ibid.*, p. 76.

⁷ *Ibid.*, pp. 73-74.

difícil valoración, pero seguramente debían ser profundos y conmovedores (se trataba de un espectáculo cotidiano), cuando los escuchaban vociferar por las calles o los veían revolcarse mugiendo sobre el piso de las iglesias; a veces, también era la pesadilla de furibundos e incontrolables excesos devastadores (los pobres “malvados” y los “grupos peligrosos” han sido mucho tiempo la pesadilla de los ricos) que aterrorizaban a los sectores pudientes, encerrados con cerrojos en sus casas en los días del gran miedo, durante los cuales la marea de los harapientos recorría las calles vacías y de repente sin vida, mientras las turbas embrutecidas por el hambre saqueaban cuanto aparecía por azar en su marcha.

Il picariglio castigliano, cioè vita del cattivello Lazariglio di Tormes no es, como el título haría suponer, una simple traducción de la anónima obra maestra, sino una verdadera reescritura extraordinariamente aumentada respecto del original, con una desbordante cantidad de páginas nuevas de “avisos sabios, acontecimientos raros, caprichos curiosos, agudezas* singulares, sentencias y hechos egregios, dichos y proverbios graves”. Allí, el cremonés Barezzo Barezzi** interviene en la historia del apremiante drama de las turbas miserables partiendo de una realidad que la cotidianidad ponía urgentemente ante los ojos de todos durante su siglo.

Los mendigos parecen perros sucios, rechazados por asco, como despojos de hombres pisoteados, tanto de las mesas, de las pilas de agua bendita, como hasta de los accesos a las puertas expulsados por indignos... Los hombres a la entrada de las iglesias no sufren aunque los miren como si fueran cadáveres o hediondas carroñas. Estos infortunados andan hoy por las calles lo mejor que pueden, llorando y haciendo escuchar con gritos los dolores de sus llagas y sus nacimientos, la cruz de su hambre, y el temblor de su desnudez, y sin embargo encuentran más áspides que hombres. A veces, para pedir limosna en las iglesias, se lanzan a rodar entre los pies de los fieles, y no obtienen más que murmullos, rechazos y desaprobaciones. Y cuando yacen en las calles más frecuentadas, se recuestan a menudo con los ojos cerrados, mientras los dolientes van errando.

Son, con todo, tan inhumanos, que para quitarse de los ojos este fastidio de pobres y mendigos decidirían relegarlos a todos como colonia en alguna isla, en los confines del mundo.⁸

La sombra de la segregación, muy pronto convertida en una realidad que se encarnaba en los grandes lugares de reclusión, se perfilaba ya como algo amenazador en las primeras décadas del siglo XVII; la tentación de encerrar a los pobres en hospicios-prisiones parecía la única solución posible al marasmo social y a la siempre temida rebelión

* *facezie* en el original. [N. del T.]

** Barezzo Barezzi: impresor y sabio nacido en Cremona. Traductor del español. Vivió en la primera mitad del siglo XVII. [N. del T.]

⁸ *Ibid.*, pp. 74-75.

de los pobres. “La política –escribía el conde Maiolino Bisaccioni en la *Historia delle guerre civili di Napoli* [Historia de la guerra civil de Nápoles]⁹ al analizar la revuelta de los “mendigos” capitaneada por Masaniello*– necesita también ella su policía, con la cual el ministro conserva el Estado limpio para su Señor, expurgándolo de los animales que nacen de la podredumbre de los vicios y que de éstos se nutren.” Y, tal como para la limpieza de la casa, es necesario que los “siervos a toda hora quiten la inmundicia de todos los rincones, a fin de que no sirva para generar animales inmundos como arañas, lauchas y otros semejantes”, de ese mismo modo para la salud del Estado es necesario que los cuerpos-animales generados por la podredumbre social, los miserables, deban ser barridos. Nacidos de los males humores y de la sangre corrompida del tejido urbano, esos miserables, innobles partes de la podredumbre corruptora de la salud del Estado, deben ser expurgados y aniquilados por vigorosos golpes de escoba, echados de las habitaciones como los animales nocivos: “estas inmundicias deben ser enviadas de inmediato lejos de las casas”.

En cambio, el aborrecimiento, la “náusea” sentida por la “carne corrompida y deteriorada del hombre, del cristiano”, aun a la vista de “tanto desastre [producido] por las penurias y por las enfermedades”, no se experimentan cuando se trata de curar a animales queridos, si “luego tienes buen estómago para ver y tocar bien a menudo y hasta exprimir el pus de las malolientes llagas tan repugnantes del perro y del caballo”.¹⁰

Un par de generaciones después de la generación de Barezzi, será Daniello Bartoli** quien vuelva a proponer, dentro de un contexto de recrudescido pauperismo, la ambigua ideología de la *pobreza contenta*, “descrita y dedicada a los ricos nunca contentos”; el historiador jesuita retomaba un viejo y, a decir verdad, más bien trillado motivo (“no se usa misericordia donde no hay miserias”), proyectándolo sobre el fondo de fatales e implacables ruinas (“las ruinas del mundo consuelan a los pobres contentos que nada tienen en el mundo”), en la perspectiva de la historia como teatro de la muerte: un “teatro de ruinas” en perenne e ineluctable descenso hacia el polvo y la destrucción (“las torres abatidas como cadáveres de gigantes, los troncos lacerados y cortados en dos, informes miembros de estatuas desmembradas, quebradas y enormes osamentas de desmesurados colosos... descompuestas montañas de mármoles, pilas de huesos incinerados”) en donde solamente los

⁹ En *Historia delle guerre civili di questi ultimi tempi*, Venecia, Heredi di Storti, 1664, p. 109.

* Masaniello: pescador napolitano, caudillo del levantamiento popular en 1647. [N. del T.]

¹⁰ *Ibid.*, p. 75.

** Daniello Bartoli (1608-1685) jesuita y predicador nacido en Ferrara. Escribió una *Istoria della Compagnia di Gesù*, en 6 tomos.

“riquísimos pobres” pueden hallar el “tesoro de la pobreza” siguiendo la “sana locura de la escuela de Cristo [que] es la única poderosa para volver benigna la pobreza”.¹¹

El mensaje del padre Bartoli, muy lejos de ser recibido por los pobres, era utilizado para acentuar la turbación y el remordimiento en la mala conciencia de la clase dirigente y en los detentores del poder económico y político al perseguir su total adhesión a la ética católica del pecado y la redención, fundada sin embargo sobre la desigualdad de los hombres y sobre la injusta e innatural distribución de los bienes y las riquezas. En definitiva, para reforzar y volver cada vez más incisivo y penetrante el poder eclesial, *ad maiorem Dei gloriam* [para mayor gloria de Dios].

Dueño del más sutil conocimiento psicológico, propio de la cultura jesuítica, experto en las técnicas de persuasión del individuo y también en las referidas a la manipulación de las masas, Daniello Bartoli acaricia con mano cruelmente aterciopelada al rico, conduciéndolo paso a paso a experimentar a la vez horror por los pobres y disgusto respecto de sí, y acrecentando en él con una progresiva y cada vez más fina y penetrante vuelta de tuerca (la metáfora sale de las cámaras de tortura, del hábil e impasible magisterio del verdugo, del “*manigoldo*”, “maestro de justicia”) el latente sentimiento de culpa:

Dudo que no menos desagradable resulte a vuestros oídos el hombre de Pobreza, que todo cuanto pueda serles la presencia de los Pobres en las puertas, esos Pobres con quienes, al temer su condición, aborrecen encontrarse.

¿Es porque naturalmente uno se retira y huye del otro, o porque les parece ver delante de los propios ojos un espejo de las miserias humanas, de las cuales, a los delicados como vosotros, no sólo la experiencia, sino aun la memoria os resulta desagradable? ¿O porque, al verlos enunciar un cierto reproche a la naturaleza que, habiendo hecho el mundo igual para todos, lo ve repartir entre pocos, y porque vosotros poseéis todo, a los otros poco más que nada les queda? ¿O, finalmente, porque al ver cómo viven otros, no queréis recordar qué seréis vosotros mismos, en poco tiempo, al morir?¹²

¹¹ Daniello Bartoli, *La povertà contenta, descritta e dedicata a' ricchi non mai contenti*, Venecia, G. Zini, 1678, p. 31.

¹² *Ibíd.*, p. 8.